

Presentación

POR
CARMELO LISÓN TOLOSANA

Todos tenemos una idea aceptable cuando nos hablan o leemos algo referido a patrimonio cultural, pero, cuando tratamos de aquilatar el significado, navegamos por aguas revueltas, concretamente en el océano de relaciones entre ecosistema urbano o rural, arquitectura, arqueología, tradición, costumbre, literatura, museología, arte, sociedad, identidad e historia, para comenzar, pero, si además tenemos en cuenta la dosis de ambigüedad que cada uno de estos conceptos rezuma, nos percataremos de la tensión que encierra todo empeño de precisión. Y esto aun sin preocuparnos del ancho espectro substantivo del fenómeno en el que podemos incluir –olvidando otros– oficios, ideas, profesiones, gremios, música e instrumentos populares, marcas de origen, alimentos, áreas de experiencia y expresión del genio local, interiorización, léxico, participación, rechazo, etc.

¿De qué criterios nos servimos para poner un mínimo de orden en el acercamiento a la noción?, ¿tenemos a mano algún algoritmo eficaz?, ¿cómo se definen creatividad cultural, historicidad efectiva y monumentalidad?, ¿podemos forzar en la misma categoría una palloza y la catedral de Burgos? Si esto es problemático, ¿cómo seleccionamos la herencia cultural?, ¿primamos la materialidad o la simbolicidad?, ¿el arte o el artefacto?, ¿el conocimiento experto o el popular? Y, si todo, ¿no inyectamos banalidad en el paradigma?

Como las tradiciones desaparecen, la mirada sobre el pasado es selectiva, y a veces contradictoria, y las antenas y focos de sensibilidad variables, no tenemos anclaje permanente para dirimir sobre consistentes y estables puntos diacríticos y alcanzar soluciones aceptables y convincentes. Más aún, la ideología política reaviva y mantiene formas dialectales, fiestas consideradas específicas, afirmaciones cívicas olvidadas o, por el contrario, trata de erradicar expresiones tradicionales vivas consideradas impropias por las autoridades culturales, como, por ejemplo, es el caso de la jota en la franja tarraconense lindante con Aragón. Los inquisidores de turno decretan cuál es el traje, el habla, el rito y la danza correctos, el espécimen a olvidar, destruir, restaurar, potenciar, reverenciar y fijar en el tiempo y en el espacio.

La realidad patrimonial cultural es de ontología huidiza y metamórfica; lo patrimoniado se puede considerar como acto creativo, como idea o necesidad, como filosofía de vida, como información cifrada o expresión de imaginación, como simbolismo de algo primigenio o importante, como forma concreta de vida, como autobio-

grafía y también como conjetura, crítica social, caricatura, etc., pero desde el momento en que lo toca la varita mágica de la selección autorizada se convierte en algo otro, se le injerta plusvalía, se le regala un valor misterioso y, por tanto, se le dota de una ontología con fondo sagrado: el objeto está separado, expuesto, entronizado, rodeado de tabúes (no nos podemos acercar y menos tocar, su uso no es el ordinario, etc.); características todas que lo elevan de una esfera profana y ordinaria a otra privilegiada y superior. Ante esta nueva deidad nos postramos reverentes aunque hasta su declaración formal no la apreciáramos y aun la despreciáramos.

El patrimonio cultural hace pensar y nos hizo pensar y dialogar en las agradables *Jornadas de Antropología Social sin Fronteras* de las que en más de un sentido disfrutamos en Jaca del 9 al 13 de febrero, jornadas que aprovechamos para ofrecer una placa conmemorativa y rendir así un muy merecido homenaje a nuestro mecenas, don José M. Cortell, que tan repetidamente nos favorece para que podamos antropologizar en esta y en otras ocasiones. Quiero también que conste mi agradecimiento y el de todos al señor rector de la Universidad de Zaragoza, don Juan José Badiola, y desde luego a cuantos participaron con su presencia y saber.

Madrid, verano del 2000